

A movie poster for 'Miss Peregrine and the Children on the Border'. The background is a lush, green landscape with a large, ornate, red-brick house in the distance. In the foreground, a woman with dark hair and a black coat (Miss Peregrine) holds a golden gun. To her left, a young man in a black coat holds a large, grey, irregularly shaped rock. To her right, a young woman in a pink dress holds a flaming torch. In the upper left, a young woman in a blue dress floats in the air, holding a rope. In the lower left, two small, pale, child-like figures stand in a field. In the lower right, a man in a brown suit and hat stands near a path. The sky is blue with a few birds flying. The overall tone is mysterious and fantastical.

RANSOM RIGGS

EL LIBRO
EN EL QUE SE
BASA LA PELÍCULA
DE TWENTIETH
CENTURY FOX

MISS PEREGRINE
Y LOS
NIÑOS PECULIARES

RANSOM RIGGS

MISS PEREGRINE
Y LOS
NIÑOS PECULIARES

Traducción de Gemma Gallart

 Planeta

SUEÑO NO ES, MUERTE NO ES;
QUIEN PARECE MORIR VIVE.
LA CASA DONDE NACISTE,
LOS AMIGOS DE TU PRIMAVERA,
ANCIANO Y DONCELLA,
EL TRABAJO DIARIO Y SU RECOMPENSA,
TODO ELLO SE DESVANECE,
REFUGIÁNDOSE EN FÁBULAS,
NO SE LES PUEDE AMARRAR.

Ralph Waldo Emerson

Prólogo

Acababa de aceptar que mi vida sería de lo más normal cuando empezaron a suceder cosas extraordinarias. La primera me llegó en forma de una conmoción terrible y, como cualquier cosa que te cambia para siempre, me partió la vida en dos: Antes y Después. Como muchas de las cosas extraordinarias que iban a suceder, involucró a mi abuelo, Abraham Portman.

Durante mi infancia, el abuelo Portman era la persona más fascinante que conocía. Había vivido en un orfanato, combatido en guerras, surcado océanos en barcos de vapor, cruzado desiertos a caballo, actuado en circos, lo sabía todo sobre armas y autodefensa, y de cómo sobrevivir en la jungla, y hablaba al menos tres idiomas además del inglés. Todo resultaba inconmensurablemente exótico para un niño que jamás había abandonado Florida, y le suplicaba que me agasajara con nuevas historias cada vez que lo veía. Él siempre me complacía, contándolas como si fueran secretos que solo yo podía escuchar.

Cuando tenía seis años decidí que mi única posibilidad de tener una vida la mitad de emocionante que la del abuelo Portman era convirtiéndome en explorador. Él me animaba pasando las tardes a mi lado, encorvado sobre mapas del mundo, urdiendo expediciones imaginarias y marcando las rutas con tachuelas rojas, a la vez

que me hablaba de los fabulosos lugares que descubriría algún día. En casa daba a conocer mis ambiciones desfilando con un tubo de cartulina ante el ojo y gritando: «¡Tierra a la vista!» y «¡Preparen un grupo de desembarco!» hasta que mis padres me echaban afuera. Creo que les preocupaba que mi abuelo fuera a infectarme con alguna ensoñación incurable de la que jamás me recuperaría —que aquellas fantasías me estuvieran vacunando de algún modo contra ambiciones más realistas—, así que un buen día mi madre hizo que me sentara y me explicó que no podía convertirme en explorador porque ya no quedaba nada por descubrir en el mundo. Yo había nacido en el siglo equivocado, y me sentí estafado.

Me sentí aún más estafado cuando comprendí que la mayoría de las mejores historias del abuelo Portman no podían de ningún modo ser ciertas. Los relatos más fantásticos giraban siempre en torno a su infancia, como que había nacido en Polonia pero a los doce años lo habían enviado en barco a un hogar para niños en Gales. Cuando le preguntaba por qué había tenido que dejar a sus padres, su respuesta era siempre la misma: los monstruos iban tras él. Polonia estaba sencillamente repleta de monstruos, según él.

—¿Qué clase de monstruos? —preguntaba yo, con ojos como platos, y aquello se convirtió en una especie de rutina.

—Unos terriblemente jorobados, con la carne putrefacta y los ojos negros —contestaba—. ¡Y caminaban así!

Y me perseguía arrastrando los pies como un monstruo sacado de una película antigua y yo huía riendo.

Cada vez que los describía, incluía algún nuevo y escabroso detalle: apestaban igual que basura podrida, eran invisibles salvo por sus sombras, un montón de tentáculos que se retorcían acechaban dentro de sus bocas y podían salir disparados de repente y

arrastrarte al interior de sus poderosas fauces. No tardé mucho en tener problemas para dormir. Mi imaginación hiperactiva transformaba el silbido de llantas sobre el pavimento húmedo en una respiración pesada justo fuera de mi ventana y las sombras bajo la puerta en retorcidos tentáculos de un gris negruzco. Le temía a los monstruos, pero me emocionaba imaginar a mi abuelo peleando contra ellos y saliendo victorioso.

Más fantásticas aún eran sus historias sobre la vida en el hogar para niños de Gales. Era un lugar encantado, decía, diseñado para mantener a los chicos a salvo de los monstruos, en una isla donde el sol brillaba cada día y nadie enfermaba ni moría jamás. Todos vivían juntos en una gran casa protegida por un viejo pájaro sabio... o eso contaba la historia. A medida que fui creciendo, empecé a tener dudas.

—¿Qué clase de pájaro? —le pregunté una tarde, a los siete años, observándolo con escepticismo desde el otro lado de la mesa plegable donde me estaba dejando ganar en el Monopoly.

—Un halcón enorme que fumaba en pipa —respondió.

—Debes de pensar que soy muy tonto, abuelo.

Él echó un vistazo a su cada vez más reducido montón de billetes naranja y azules.

—Yo jamás pensaría eso de ti, Yakob.

Supe que lo había ofendido porque el acento polaco del que jamás pudo desprenderse por completo salió con más fuerza de su escondite, de modo que «jamás» se convertía en «jamáz» y «pensaría» en «penzaría». Sintíendome culpable, decidí otorgarle el beneficio de la duda.

—Pero ¿por qué querían hacerles daño los monstruos? —insistí.

—Pues porque no éramos como el resto de la gente. Éramos peculiares.

—¿Peculiares?

—Sí, peculiares —continuó—. Había una chica que podía volar, un muchacho que tenía abejas viviendo en su interior, unos hermanos, chico y chica, que podían levantar enormes rocas por encima de sus cabezas.

Era difícil saber si hablaba en serio. Por otra parte, mi abuelo no tenía fama de bromista. Frunció el entrecejo, leyendo la duda en mi rostro.

—Muy bien, si no crees en mi palabra, ahora verás —dijo—. ¡Tengo fotografías!

Echó hacia atrás su sillón y entró en la casa, dejándome solo en el porche. Al cabo de un minuto, regresó sosteniendo una vieja caja de puros. Me incliné para mirar mientras él extraía cuatro fotografías instantáneas amarillentas y arrugadas.

La primera era una foto borrosa de lo que parecía un traje completo sin nadie dentro. O eso, o la persona no tenía cabeza.

—¡Pues claro que tiene cabeza! —exclamó mi abuelo con una gran sonrisa—. Lo que sucede es que no puedes verla.

—¿Por qué no? ¿Es invisible?

—¡Vaya, este chico piensa! —Enarcó las cejas como si lo hubiera sorprendido con mis poderes de deducción—. Millard, se llamaba. Un niño divertido. A veces decía: «Eh, Abe, sé lo que hiciste hoy», y te contaba dónde habías estado, qué habías comido, si te habías hurgado la nariz cuando pensabas que nadie miraba. A veces te seguía, sin decir ni pío, y sin ropa no podías verlo... ¡él lo observaba todo! —Sacudió la cabeza—. Qué cosas, ¿eh?

Me pasó otra foto. Después de que yo dedicara un momento a contemplarla, preguntó:

—¿Y bien? ¿Qué ves?

—¿Una niña?

—¿Y?

—Lleva puesta una corona.

Dio un golpecito a la parte inferior de la fotografía.

—¿Qué hay de sus pies?

Examiné la foto más de cerca. Los pies de la niña no tocaban el suelo; pero no saltaba... parecía suspendida en el aire. Me quedé boquiabierto.

—¡Está volando!

—Algo parecido —repuso mi abuelo—. Está levitando. Sólo que no podía controlarse demasiado bien, ¡así que a veces teníamos que atarle una cuerda alrededor de la cintura para impedir que se fuera flotando!

Yo tenía los ojos pegados a su cautivador rostro de muñeca.

—¿Es real?

—Desde luego que es real —respondió él con aspereza, cogiendo la fotografía y sustituyéndola por otra, la de un muchacho delgaducho que levantaba una roca.

—¡Victor y su hermana no eran demasiado listos —explicó—, pero vaya que eran fuertes!

—Pues no parece fuerte precisamente —repliqué, estudiando los brazos flacuchos del muchacho.

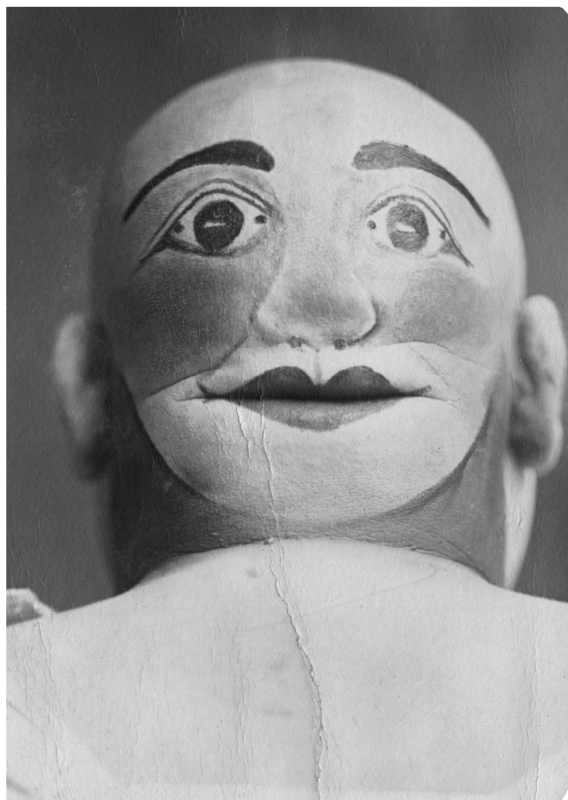
—Créeme, lo era. ¡Intenté jugar vencidas con él una vez y estuvo a punto de arrancarme la mano!

Pero la foto más extraña era la última. Mostraba la parte posterior de la cabeza de alguien, con una cara pintada en ella.









Me quedé mirando atónito esa última foto mientras el abuelo Portman explicaba:

—Tenía dos bocas, ¿lo ves? Una delante y otra detrás. ¡Por eso se volvió tan grande y gordo!

—Pero es falsa —dije—. La cara solo está pintada.

—Pues claro que es una pintura. Se la hizo para un espectáculo de circo. Pero te lo digo en serio, tenía dos bocas. ¿No me crees?

Pensé en ello, contemplé las fotografías y luego a mi abuelo, que tenía una expresión seria y franca. ¿Qué motivo tendría para mentirme?

—Te creo —respondí finalmente.

Y de verdad le creí —durante unos cuantos años, al menos—, aunque principalmente porque quería hacerlo, igual que otros niños de mi edad querían creer en Santa Claus. Nos aferramos a nuestros cuentos de hadas hasta que el precio se vuelve demasiado alto, lo que para mí fue aquel día en segundo año cuando Robbie Jensen me bajó los pantalones a la hora del recreo frente a una mesa llena de niñas y anunció que yo creía en las hadas. Me lo tenía bien merecido, supongo, por repetir los cuentos de mi abuelo en la escuela, pero desde aquellos humillantes segundos me vi perseguido por el apodo «Niño de las hadas» durante años y, con razón o sin ella, le guardé rencor por eso.

El abuelo Portman me recogió de la escuela aquella tarde, como hacía a menudo cuando mis padres estaban trabajando. Subí al asiento del copiloto de su viejo Pontiac y le comuniqué que ya no creía en sus cuentos de hadas.

—¿Qué cuentos de hadas? —preguntó, mirándome con atención por encima de los lentes.

—Ya sabes. Las historias. Sobre los niños y los monstruos.

Pareció confundido.

—¿Quién dijo algo sobre hadas?

Le dije que una historia inventada y un cuento de hadas eran lo mismo, y que los cuentos de hadas eran para niños que aún usaban pañales, y que sabía que sus fotografías e historias eran falsas. Esperé que se enfureciera o que protestara, pero en lugar de eso se limitó a decir: «De acuerdo», y puso el Pontiac en marcha. Pisó a fondo el acelerador y nos alejamos de golpe de la banqueta. Y ahí acabó todo.

Imagino que lo había visto venir —con el paso del tiempo yo tenía que acabar por no creérmelas—, pero abandonó el tema con tal rapidez que me dejó con la sensación de que me había mentido. No podía comprender por qué había inventado todas aquellas historias, por qué me había engañado haciéndome creer que esas cosas asombrosas eran posibles cuando no lo eran. No fue hasta algunos años más tarde que mi padre me lo explicó todo: el abuelo también le había contado algunas de esas mismas historias cuando él era niño, y no eran mentiras, al menos no exactamente, sino versiones exageradas de la realidad... porque la infancia del abuelo no había sido en absoluto un cuento de hadas, sino más bien un cuento de terror.

Mi abuelo fue el único de su familia que logró escapar de Polonia antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial. Tenía doce años cuando sus padres lo dejaron a cargo de desconocidos, subieron a su hijo menor a un tren con dirección a Gran Bretaña con tan solo una maleta y la ropa que llevaba puesta. El boleto era solo de ida. Jamás volvió a ver a sus padres ni a sus hermanos ni a sus primos ni a sus tíos. Todos y cada uno de ellos habrían muerto antes de que él cumpliera los dieciséis años, asesinados por los monstruos de los que él había escapado por tan poco. Pero estos no per-

tenecían a la clase de monstruos con tentáculos y carne putrefacta, la clase de monstruos que un niño de siete años podía llegar a comprender; eran monstruos con rostros humanos, con uniformes bien planchados, que desfilaban hombro contra hombro, algo tan normal que uno no los reconocía hasta que era demasiado tarde.

Al igual que los monstruos, el relato de la isla encantada era también una verdad disfrazada. Comparado con los horrores de la Europa continental, la casa-hogar que había alojado a mi abuelo debía de haber parecido un paraíso, y por tanto en eso se había convertido en sus historias: un refugio seguro de veranos interminables, ángeles guardianes y niños mágicos, quienes en realidad no podían ni volar ni volverse invisibles ni levantar rocas, por supuesto. La peculiaridad por la que habían sido perseguidos era simplemente la de ser judíos. Eran huérfanos de guerra, arrojados a aquella pequeña isla por una marea de sangre. Lo que los convertía en seres asombrosos no era que poseyeran poderes especiales, sino que haber escapado a los guetos y las cámaras de gas ya era milagro suficiente.

Dejé de pedir a mi abuelo que me contara historias, y creo que secretamente se sintió aliviado. Una atmósfera de misterio rodeó los detalles de sus primeros años. No curioseé. Él había pasado por un calvario y tenía derecho a sus secretos. Me sentí avergonzado por haber tenido celos de su vida, considerando el precio que había pagado por ella, e intenté sentirme afortunado por la vida segura y nada extraordinaria de la cual disfrutaba y que no había hecho nada para merecer.

Entonces, unos pocos años más tarde, cuando yo tenía quince, sucedió una cosa extraordinaria y terrible, y a partir de ese momento solo hubo un Antes y un Después.

UNO

Pasé la última tarde del Antes construyendo una reproducción a escala 1/10 000 del Empire State Building con cajas de pañales para adultos. Era una auténtica belleza; la base medía metro y medio y se alzaba imponente por encima del pasillo de los cosméticos, el tamaño gigante para los cimientos, los normales para la terraza panorámica y las cajas de prueba apiladas con meticulosidad para conseguir la icónica aguja. Era casi perfecto, salvo por un detalle crucial.

—Usaste «Siempre Seco» —dijo Shelley, observando mi obra con una expresión escéptica—. Las cajas en liquidación son las de «Siempre Fijo». —Shelley era la encargada de la tienda, y sus hombros hundidos y su expresión hostil formaban parte de su uniforme, tanto como los polos azules que todos teníamos que llevar.

—Pero tú dijiste «Siempre Seco» —me quejé, porque eso había dicho.

—«Siempre Fijo» —insistió ella, sacudiendo la cabeza con pesar, como si mi torre fuera un caballo de carreras lisiado y ella la portadora de la pistola con las cachas de nácar.

Hubo un breve pero incómodo silencio durante el cual ella siguió sacudiendo la cabeza y pasando los ojos de mí a la torre y de

vuelta a mí. La contemplé con mirada inexpresiva, como si no consiguiera captar lo que quería decir con su actitud pasivoagresiva.

—¡Ahhhhhh! —dije por fin—. ¿Te refieres a que quieres que vuelva a hacerlo?

—Lo que sucede es que usaste «Siempre Seco» —repitió.

—No pasa nada. Ahora lo arreglo.

Con la punta de mi tenis de color negro di un golpecito a una de las cajas de los cimientos. En un instante la espléndida construcción se derrumbó en cascada a nuestro alrededor, cubriendo el suelo como un enorme maremoto de pañales; las cajas hicieron carambola contra las piernas de unos sobresaltados clientes y rodaron hasta la puerta automática, que se abrió, dejando entrar el sofocante calor de agosto.

El rostro de Shelley adquirió el tono de una granada madura. Debería haberme despedido en aquel mismo instante, pero yo sabía que jamás tendría esa suerte. Había estado intentando que me despidieran de Smart Aid todo el verano, y había resultado poco menos que imposible. Llegaba tarde, repetidamente y con las excusas más ridículas; me equivocaba al devolver el cambio; incluso colocaba mal las cosas en las estanterías a propósito, mezclando lociones con laxantes y anticonceptivos con champús para bebés. Pocas veces me había esforzado tanto en algo, y sin embargo no importaba lo incompetente que fingiera ser, Shelley me mantenía tercamente en la plantilla.

Deja que matice mi anterior declaración: era poco menos que imposible que me despidieran de Smart Aid. Cualquier otro empleado habría salido por la puerta a la primera de cambio por cualquier infracción menor. Fue mi primera lección sobre política. Hay tres Smart Aid en Englewood, la pequeña y aburrida ciudad

costera donde vivo, veintisiete en el condado de Sarasota y ciento quince en toda Florida, extendiéndose por todo el estado como un sarpullido sin cura. La razón por la que no me podían despedir era que mis tíos eran los propietarios de todos ellos. Y la razón por la que yo no podía irme era que trabajar en Smart Aid, antes de incorporarte a tu vida laboral, había sido desde hacía mucho tiempo una sacrosanta tradición familiar. Todo lo que había conseguido con mi campaña de autosabotaje era una contienda perpetua con Shelley y el resentimiento profundo y perdurable de mis compañeros de trabajo; quienes, reconozcámoslo, iban a sentirse molestos conmigo de todos modos, porque por muchos exhibidores que tirara o por muy mal que devolviera el cambio, un día yo iba a heredar una buena tajada de la compañía, y ellos no.

Desplazándose entre pañales, Shelley presionó el dedo contra mi pecho y estaba a punto de decir algo desagradable cuando el altavoz la interrumpió:

—Jacob, tienes una llamada en la línea dos. Jacob, línea dos.

Me fulminó con la mirada mientras yo retrocedía, dejando su rostro colorado como una granada entre las ruinas de mi torre.

La sala de descanso para los empleados era una habitación sin ventanas que olía a humedad donde encontré a la dependienta de la farmacia, Linda, mordisqueando un sándwich sin orillas bajo el vívido resplandor de la máquina de refrescos. Indicó con la cabeza un teléfono atornillado a la pared.

—La línea dos es para ti. Quienquiera que sea está fuera de sí.

Levanté el oscilante auricular.

—¿Yakob? ¿Eres tú?

—Hola, abuelo Portman.

—Yakob, gracias a Dios. Necesito mi llave. ¿Dónde está mi llave? —sonaba alterado, sin aliento.

—¿Qué llave?

—No juegues conmigo —espetó—. Ya sabes a qué llave me refiero.

—Probablemente la habrás extraviado.

—Tu padre te obligó a hacerlo —dijo—. Solo dímelo. No tiene que saberlo.

—Nadie me obligó a hacer nada. —Intenté cambiar de tema—. ¿Te tomaste las pastillas esta mañana?

—Vienen por mí, ¿entiendes? No sé cómo me encontraron después de tantos años, pero lo hicieron. ¿Con qué se supone que debo enfrentarme a ellos, con el maldito cuchillo de la mantequilla?

No era la primera vez que lo escuchaba hablar así. Mi abuelo se hacía viejo y, francamente, empezaba a perder el juicio; las señales de su deterioro mental habían sido imperceptibles al principio, como olvidar comprar comida o llamar a mi madre con el nombre de mi tía. Pero a lo largo del verano su progresivo alzheimer había adquirido un giro cruel. Las historias fantásticas que había inventado sobre su vida durante la guerra —los monstruos, la isla encantada— se habían vuelto total y opresivamente reales para él. Había estado particularmente nervioso las últimas semanas, y mis padres, que temían que se convirtiera en un peligro para sí mismo, estaban considerando muy en serio la idea de llevarlo a un asilo. Por alguna razón, yo era el único que recibía estas apocalípticas llamadas telefónicas suyas.

Como de costumbre, hice todo lo posible por tranquilizarlo.

—Estás a salvo. Todo está bien. Traeré un video para que lo veamos más tarde, ¿qué te parece?

—¡No! ¡Quédate donde estás! ¡Este lugar no es seguro!

—Abuelo, los monstruos no vienen a buscarte. Los mataste a todos en la guerra, ¿recuerdas?

Me di la vuelta hacia la pared, intentando ocultarle parte de mi extraña conversación a Linda, quien me lanzaba curiosas ojeadas a la vez que fingía leer una revista de moda.

—No a todos —respondió él—. No, no, no. Maté a muchos, sin duda, pero siempre aparecen más. —Pude oírlo andando por su casa haciendo ruido, abriendo cajones, cerrando cosas con violencia; estaba hecho una furia—. Tú mantente alejado, ¿me oyes? Estaré perfectamente... ¡se les corta la lengua y se les acuchillan los ojos, eso es todo lo que hay que hacer! ¡Si pudiera encontrar esa maldita LLAVE!

La llave en cuestión abría un casillero enorme del garaje del abuelo. Dentro había cuchillos y otras armas en cantidad suficiente para armar a una pequeña milicia. Mi abuelo había pasado la mitad de su vida coleccionándolos, había asistido a ferias de armas fuera del estado, participado en largas cacerías y también había arrastrado a su renuente familia a polígonos de tiro durante soleados domingos para que todos aprendieran a disparar. Amaba tanto sus armas que a veces incluso dormía con ellas. Mi padre tenía una vieja instantánea que lo demostraba: el abuelo Portman echando un sueñito pistola en mano.



Cuando le pregunté a mi padre por qué el abuelo estaba tan obsesionado por las armas, me contestó que eso les sucedía a menudo a personas que habían sido soldados o que habían pasado por experiencias traumáticas. Imagino que con todo lo que había vivido mi abuelo, ya no se sentía a salvo en ninguna parte, ni siquiera en su casa. Lo cómico de la situación era que, ahora que los delirios y la paranoia empezaban a adueñarse de él, eso se había vuelto cierto: no estaba a salvo en casa, no con todas aquellas armas por allí; por eso mi padre le había birlado la llave.

Repetí la mentira de que no sabía dónde estaba. Hubo más imprecaciones y golpes mientras iba de un lado a otro, enfurecido, buscándola.

—¡Uf! —dijo por fin—. Que tu padre se quede con la llave si es tan importante para él. ¡Que se quede con mi cadáver, también!

Puse fin a la conversación telefónica con toda la educación de la que fui capaz y luego llamé a mi padre.

—El abuelo está perdiendo la cordura —le dije.

—¿Se tomó sus pastillas hoy?

—No quiere decírmelo, pero me da la impresión de que no.

Oí suspirar a mi padre.

—¿Puedes pasar por allí y asegurarte de que está bien? No puedo abandonar el trabajo justo ahora.

Mi padre trabajaba como voluntario media jornada en el refugio para aves, donde ayudaba a rehabilitar garcetas blancas atropelladas y pelícanos que se habían tragado anzuelos. Era ornitólogo *amateur* y aspirante a escritor sobre temas de la naturaleza —con un montón de manuscritos inéditos como prueba—, empleos que solo podían ser considerados como tales si por casualidad estabas casado con una mujer cuya familia era propietaria de ciento quince farmacias.

Desde luego, mi empleo tampoco acababa de ser serio, así que era fácil abandonarlo siempre que me venía en gana. Me comprometí a ir a ver al abuelo.

—Gracias, Jake. Te prometo que solucionaré todo este asunto del abuelo pronto, ¿de acuerdo?

«Todo este asunto del abuelo».

—¿Te refieres a meterlo en un asilo? —pregunté—. ¿Hacer que se convierta en el problema de otros?

—Mamá y yo no lo hemos decidido aún.

—Claro que lo han decidido.

—Jacob...

—Puedo manejarlo, papá. De verdad.

—Tal vez ahora todavía puedas, pero no hará más que empeorar.

—Muy bien. Lo que tú digas.

Colgué y llamé a mi amigo Ricky para que me llevara en coche. A los diez minutos oí el inconfundible bocinazo gutural de su vetusto Crown Victoria en el estacionamiento. De camino a la calle le di la mala noticia a Shelley: su torre de «Siempre Fijo» tendría que esperar hasta el día siguiente.

—Emergencia familiar —expliqué.

—De acuerdo —respondió ella.

Salí a la húmeda y calurosa tarde y me encontré con Ricky fumando sobre el toldo de su destartelado coche. Sus botas con una costra de barro, el modo en que dejaba que el humo saliera en volutas de sus labios y cómo los últimos rayos del sol iluminaban sus cabellos verdes le daban un aspecto de James Dean pueblerino y *punk*. Era todas esas cosas, una estrafalaria polinización cruzada de subculturas, posible únicamente en el sur de Florida.

Me vio y saltó del toldo.

—¿No te han despedido todavía?! —gritó desde el otro extremo del estacionamiento.

—¡Chissst! —siseé, corriendo hacia él—. ¡No conocen mi plan!

Ricky me asestó un puñetazo como para dar ánimos, pero que casi me parte el hombro.

—No te preocupes, Edu Especial. Siempre hay un mañana.

Me llamaba *Edu Especial* porque yo asistía a unas cuantas clases para superdotados, clases que conformaban, estrictamente hablando, parte del currículo de educación especial de nuestra escuela, una sutil nomenclatura que Ricky encontraba infinitamente graciosa. En eso consistía nuestra amistad: partes iguales de irritación y cooperación. La parte de cooperación era un oficioso acuerdo de intercambio de inteligencia por músculos, mediante el cual yo le ayudaba a no reprobar inglés y él evitaba que me mataran los sociópatas hinchados de esteroides que rondaban por los pasillos de nuestra escuela. El hecho de que mis padres se sintieran profundamente incómodos con él también le daba puntos extra. Era, supongo, mi mejor amigo, lo que es un modo menos patético de decir que era mi único amigo.

Ricky dio una patada a la portezuela del copiloto del Crown Vic, que era la única manera de abrirla, y subí al coche. El Vic era alucinante, una pieza digna de un museo de arte *folk* involuntario. Ricky lo compró en el basurero municipal a cambio de un bote lleno de monedas de veinticinco centavos —o eso afirmaba él—, un pedigrí cuyo perfume ni siquiera el bosque de árboles aromatizantes que había colgado del retrovisor podía disimular. Los asientos estaban reforzados con cinta adhesiva industrial para que los resortes rebeldes de la tapicería no se te metieran por el trasero. Lo mejor era el exterior, un oxidado paisaje lunar de agujeros y abolla-

duras, resultado de un plan destinado a obtener dinero extra para gasolina permitiendo que fiesteros borrachos aporrearan el coche con un palo de golf a un dólar el golpe. La única regla, que no se había hecho valer con demasiada rigurosidad, era que uno no podía apuntar a nada hecho de cristal.

El motor se puso en marcha con un traqueteo y una nube de humo azul. Mientras abandonábamos el estacionamiento y pasábamos ante hileras de pequeños centros comerciales en dirección a casa del abuelo Portman, empecé a inquietarme por lo que podíamos encontrarnos al llegar. Los peores casos incluían a mi abuelo corriendo desnudo por la calle, empuñando un rifle de caza, sacando espumarajos por la boca en el césped del jardín o acechando con un objeto puntiagudo en la mano. Cualquier escenario era posible, y que esa fuera la primera vez que Ricky iba a ver a un hombre del que yo había hablado con veneración me ponía especialmente nervioso.

El cielo empezaba a adquirir el color de un moretón recién estrenado cuando entramos en la urbanización donde vivía el abuelo, un laberinto desconcertante de calles sin salida entrelazadas, conocido colectivamente como Circle Village. Paramos ante la caseta del guardia para darnos a conocer, pero el anciano de la cabina estaba roncando y la verja estaba abierta, como solía ocurrir, así que nos limitamos a seguir nuestro camino. Mi teléfono lanzó un timbrazo con un mensaje de texto de mi padre preguntando cómo iban las cosas y, en el poco tiempo que necesité para responder, Ricky se las arregló para perdernos completamente del modo más pasmoso. Cuando dije que no tenía ni idea de dónde estábamos, maldijo y efectuó una sucesión de chirriantes cambios de sentido, escupiendo arcos de jugo de tabaco por la ventanilla mientras yo escrutaba el vecindario en busca de un punto de referencia. No era fácil, ni siquiera para mí, que había

ido a visitar a mi abuelo innumerables veces desde niño, porque todas las casas eran idénticas: bajas y cuadradas con variaciones de poca importancia, adornadas con revestimientos exteriores de aluminio o madera oscura al estilo de los setenta, o bien revestidas con columnatas de yeso que resultaban delirantemente pretenciosas. Los rótulos de las calles, la mitad de los cuales habían quedado blancos y con el texto ilegible por la exposición al sol, tampoco eran de gran ayuda. Los únicos puntos de referencia reales eran los estrafalarios y vistosos adornos de los jardines, en eso Circle Village era un auténtico museo al aire libre.

Finalmente, reconocí un buzón que sostenía en alto un mayor-domo de metal que, a pesar de tener la espalda recta y una expresión altanera, parecía llorar lágrimas de óxido. Le grité a Ricky que girara a la izquierda; las llantas del Vic rechinaron y me vi lanzado contra la puerta del copiloto. El impacto debió de desatascar algo en mi cerebro, porque de improviso las instrucciones regresaron en tropel a mi cabeza.

—¡A la derecha en la orgía de flamencos! ¡A la izquierda en el tejado de Papás Noel multiétnicos! ¡Derecho por delante de los querubines meones!

Cuando dejamos atrás los querubines, Ricky aminoró a paso de tortuga y escrutó dubitativo la casa de mi abuelo. No estaba encendida la luz en ninguno de los porches, no brillaba ninguna televisión tras las ventanas, no había ninguna limusina en un garaje abierto. Todos los vecinos habían huido al norte para escapar del extenuante calor del verano, dejando que los gnomos de los patios se ahogaran en jardines descuidados y asegurándose de que las persianas contra huracanes estaban bien cerradas, de modo que cada casa tenía el aspecto de un pequeño refugio antiaéreo de color pastel.

—La última a la izquierda —añadí.

Ricky dio un golpecito al acelerador y salimos disparados calle abajo. Al llegar a la cuarta o quinta casa pasamos ante un anciano que regaba el jardín. Era calvo como una bola de billar y llevaba un bata y pantuflas; la hierba le llegaba hasta los tobillos. La casa estaba oscura y con las persianas cerradas. Volví la cabeza para observarlo y él pareció devolverme la mirada, aunque eso era imposible, comprendí con un leve sobresalto, porque sus ojos eran de un perfecto blanco lechoso. «Eso es extraño —pensé—, el abuelo Portman jamás mencionó que uno de sus vecinos fuera ciego».

La calle terminaba ante una barrera de abetos falsos y Ricky efectuó un violento giro a la izquierda para tomar el camino que llevaba hasta la casa de mi abuelo. Apagó el motor, salió y abrió mi puerta dándole una patada. Nuestros zapatos susurraron a través de la hierba seca hasta llegar al porche.

Llamé al timbre y esperé. Un perro ladró en alguna parte, un sonido solitario en la bochornosa tarde. Al no obtener respuesta, golpeé la puerta, pensando que a lo mejor el timbre había dejado de funcionar. Ricky asestó manotazos a los mosquitos que habían empezado a envolvernos.

—A lo mejor salió —aventuró Ricky, con una sonrisa burlesca—. Una cita con alguna nena.

—Puedes reírte —repliqué—. Tiene más posibilidades que nosotros cualquier noche de la semana. Este lugar está plagado de viudas deseables —bromeé, solo para calmar los nervios, pues el silencio me inquietaba.

Recogí la llave escondida en los arbustos.

—Espera aquí.

—Claro que no. ¿Por qué?

—Porque mides un metro noventa y ocho, tienes el pelo verde y mi abuelo no te conoce, y tiene un arsenal en casa.

Ricky encogió los hombros y se metió otro montón de tabaco en la mejilla; luego fue a tumbarse en un sillón mientras yo hacía girar la llave en la puerta principal y entraba.

Incluso bajo la luz cada vez más tenue pude darme cuenta de que la casa estaba hecha un desastre; parecía como si la hubieran saqueado unos ladrones. Habían vaciado estanterías y vitrinas, y las chucherías y los *Reader's Digest* con letra grande estaban desperdigados por el suelo. Los cojines del sofá y las sillas tirados en cualquier sitio. Las puertas del refrigerador y del congelador estaban abiertas y su contenido se derretía en charcos pegajosos sobre el linóleo.

Se me cayó el alma a los pies. Finalmente, el abuelo Portman se había vuelto loco. Grité su nombre... pero no oí nada.

Fui de habitación en habitación, encendiendo luces y mirando en cualquier rincón donde un anciano paranoico pudiera ocultarse de los monstruos: detrás de los muebles, en el angosto espacio del ático, bajo la mesa de trabajo del garaje. Incluso comprobé si estaba dentro de su clóset de las armas, aunque por supuesto estaba cerrado con llave, con la manija llena de arañazos allí donde había intentado forzarla. Afuera, en el porche, en un armazón colgante, unos helechos muertos de sed oscilaban bajo la brisa. Me puse de rodillas sobre el suelo de hierba artificial y me asomé bajo los bancos de ratán, temiendo lo que pudiera encontrar.

Vi un destello de luz procedente del patio trasero.

Crucé a toda velocidad la puerta mosquitera y encontré una linterna abandonada en la hierba; el haz de luz señalaba el bosque que bordeaba el patio de mi abuelo: una jungla enmarañada de palmitos y palmeras que recorría casi dos kilómetros entre Circle

Village y la siguiente urbanización, Century Woods. Según las leyendas locales, el bosque estaba plagado de serpientes, mapaches y jabalíes. Cuando me imaginé a mi abuelo allí afuera, perdido y desvariando sin llevar otra cosa encima que su bata, un siniestro sentimiento me invadió. Casi cada semana aparecía una noticia sobre algún ciudadano de edad avanzada que había tropezado y caído en algún estanque y acababa devorado por caimanes. El peor de los casos posibles no era difícil de imaginar.

Llamé a gritos a Ricky y al cabo de un momento doblaba a toda velocidad la esquina de la casa. Al instante reparó en algo que yo no había visto: un largo desgarró de aspecto desagradable en la puerta mosquitera. Soltó un leve silbido.

—Eso es un buen arañazo. Un jabalí podría haberlo hecho. O un lince tal vez. Deberías ver las zarpas que tienen.

Unos salvajes ladridos se dejaron oír a poca distancia. Ambos dimos un respingo y luego intercambiamos una mirada nerviosa.

—O un perro —dije.

El sonido ocasionó una reacción en cadena por todo el vecindario y pronto llegaron ladridos de todas direcciones.

—Podría ser —repuso Ricky, asintiendo—. Tengo una pistola del 22 en la cajuela. Tú espera aquí. —Y se alejó.

Los ladridos se fueron apagando y un coro de insectos nocturnos ocupó su lugar, monótono y extraño. El sudor me corría por el rostro. Estaba oscuro, pero la brisa había cesado y de algún modo el aire parecía más caliente de lo que había sido en todo el día.

Recogí la lámpara y caminé en dirección a los árboles. Mi abuelo estaba allí fuera en alguna parte, estaba seguro. Pero ¿dónde? Yo no era ningún rastreador, y tampoco lo era Ricky. Y sin embargo, algo pareció guiarme de todos modos —una aceleración en

el pecho; un susurro en el aire viscoso— y de repente ya no pude esperar ni un segundo más. Me metí entre los matorrales bajos como un sabueso olfateando un rastro invisible.

Es difícil correr en un bosque de Florida, donde cada metro cuadrado no ocupado por árboles está erizado de brotes de palmitos que te llegan hasta el muslo y redes de envolventes *Paederia foetida*, pero me las arreglé lo mejor que pude, gritando el nombre de mi abuelo y pasando la luz de la lámpara por todas partes. Capté un destello blanco con el rabillo del ojo y fui derecho hacia él, pero al inspeccionar más de cerca resultó ser una pelota de fútbol desinflada que había perdido hacía años.

Estaba a punto de darme por vencido y regresar en busca de Ricky, cuando avisté un pasillo estrecho de palmitos recién pisoteados no muy lejos. Me introduje en él y paseé la luz de la lámpara a un lado y a otro; las hojas estaban salpicadas de algo oscuro. Se me secó la garganta. Armándome de valor, empecé a seguir el rastro. Cuanto más avanzaba, mayor era el nudo que sentía en el estómago, como si mi mente supiera lo que había más adelante e intentara advertirme. Y entonces el sendero de maleza aplastada se ensanchó, y lo vi.

Mi abuelo yacía boca abajo en un lecho de plantas trepadoras, con las piernas despatarradas y un brazo torcido bajo él como si hubiera caído de una gran altura. Pensé que sin duda estaba muerto. Tenía la camiseta empapada de sangre, los pantalones desgarrados y le faltaba un zapato. Durante un largo rato me limité a mirarlo fijamente, con el haz de luz de la lámpara temblando sobre su cuerpo. Cuando pude volver a respirar pronuncié su nombre, pero no se movió.

Caí de rodillas y presioné la palma de la mano sobre su espalda.

La sangre que la empapaba estaba aún caliente. Pude percibir que respiraba de un modo muy superficial.

Le pasé los brazos por debajo y lo hice girar sobre la espalda. Estaba vivo, pero muy débil; tenía los ojos vidriosos y el rostro hundido y blanco. Entonces vi los cortes a lo largo de su cintura y estuve a punto de desmayarme. Eran amplios y profundos y estaban sucios de tierra, y el suelo embarrado por la sangre. Intenté cubrir las heridas con los jirones de su camisa sin mirarlas.

Oí a Ricky que gritaba desde el patio trasero.

—¡ESTOY AQUÍ! —grité, y tal vez debería haber añadido «peligro» o «sangre», pero era incapaz de articular ninguna palabra más.

Lo único en lo que podía pensar era que los abuelos tenían que morir en camas, en lugares silenciosos donde zumbaban máquinas, no desplomados sobre el suelo empapado y apestoso, con hormigas pasándoles por encima y un abrecartas de latón aferrado en una mano temblorosa.

Un abrecartas. Eso era todo lo que había tenido para defenderse. Se lo quité y él abrió y cerró los dedos en vano en el aire, así que le tomé la mano y la sostuve. Mis dedos de uñas mordidas se entrelazaban con los suyos, pálidos y cubiertos de arañas de venas moradas.

—Tengo que moverte —le dije, deslizando un brazo bajo su espalda y el otro bajo sus piernas.

Empecé a levantarme, pero gimió y se quedó rígido, así que me detuve. No podía soportar la idea de hacerle daño. Tampoco podía dejarlo allí, así que no se podía hacer otra cosa que esperar. Le sacudí con delicadeza la tierra suelta de los brazos, el rostro y los cabellos blancos, cada vez más ralos. Fue entonces cuando advertí que movía los labios.

Su voz era apenas audible, algo menos que un susurro. Me incliné sobre él y acerqué la oreja a sus labios. Farfullaba, perdiendo y recuperando la lucidez, pasando del inglés al polaco.

—No comprendo —musité.

Repetí su nombre hasta que sus ojos parecieron fijarse en mí y entonces inhaló con fuerza y dijo, en voz baja pero clara:

—Ve a la isla, Yakob. Esto no es seguro.

La vieja paranoia volvía. Le oprimí la mano y le aseguré que estábamos perfectamente, que él iba a estar perfectamente. Era la segunda vez que le mentía en un mismo día.

Le pregunté qué había sucedido, qué animal lo había atacado, pero él no me escuchaba.

—Ve a la isla —repetió—. Estarás a salvo allí. Prométemelo.

—Lo haré. Te lo prometo.

¿Qué otra cosa podía decir?

—Pensaba que podría protegerte —añadió—. Debería habértelo contado hace mucho tiempo...

Me di cuenta de que se le escapaba la vida.

—¿Contarme qué? —pregunté, conteniendo las lágrimas.

—No hay tiempo —susurró.

Entonces alzó la cabeza del suelo, temblando por el esfuerzo, y me susurró al oído:

—Encuentra al pájaro. En el bucle. En el otro lado de la tumba del viejo. Tres de septiembre de 1940.

Asentí, pero él pudo darse cuenta de que no lo comprendía. Con el último ápice de energía que le quedaba, añadió:

—Emerson... la carta. Cuéntales lo que sucedió, Yakob.

Dicho esto se dejó caer, agotado y apagándose. Le dije que lo quería. Y entonces pareció desaparecer en sí mismo, con la mirada

alejándose despacio para posarse en el firmamento, repleto ahora de estrellas.

Al cabo de un momento Ricky salió como una exhalación de la maleza. Vio al anciano inerte en mis brazos y retrocedió un paso.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios mío! —balbuceó, frotándose la cara con las manos, mientras decía cosas inconexas sobre encontrarle el pulso, llamar a la policía y si había visto algo en el bosque. Entonces me embargó la más extraña de las sensaciones.

Solté el cuerpo de mi abuelo y me puse de pie; cada terminación nerviosa hormigueaba con un instinto que no sabía que tuviera. Había algo en el bosque, ya lo creo... podía percibirlo.

No había luna y ningún movimiento en la maleza aparte de los nuestros, y a pesar de eso, de algún modo, yo supe justo cuándo levantar mi lámpara y justo adónde apuntarla, y durante un instante en aquella estrecha franja de luz vi un rostro que parecía haber salido directamente de las pesadillas de mi infancia. Me devolvió la mirada con ojos que nadaban en líquida oscuridad, con profundas zanjas negras de carne floja sobre su cuerpo encorvado, la boca abierta grotescamente de par en par de modo que una masa de lenguas largas parecidas a anguilas podían agitarse al exterior. Grité algo y entonces aquello se retorció y desapareció, sacudiendo los matorrales y atrayendo la atención de Ricky. Este alzó su 22 y disparó, pampampampam, diciendo:

—¿Qué era eso? ¿Qué diablos era eso?

Pero no lo había visto y yo no podía hablar para contárselo; me había quedado petrificado, con la lámpara que agonizaba parpadeando sobre el bosque vacío. Y entonces debí de perder el conocimiento, porque oí que él decía: «Jacob, Jake, eh Ed, ¿estás bien o qué?», y eso es lo último que recuerdo.